

¿COMO LOGRAR EL ÉXITO EN LA EDUCACIÓN?

Mireille Cuapio López
clopezmi28@hotmail.com

Los éxitos en educación dependen en gran parte de los métodos pedagógicos empleados, también debe ser evidente que las mejoras de las planificaciones tendrán un éxito solo relativo si es que no implican, a la vez, un replanteamiento metodológico y teleológico. Los programas deben ser adaptados y los métodos han de asegurar la eficiencia que ahora falta, al mismo tiempo, la educación debe ser concebida como una progresiva automatización de los que se educan, y no lo contrario.

Uno de los grandes fallos de la escuela tradicional ha sido el descuido casi sistemático de la acción como medio de instrumento de conocimiento, es lógico que se vea como necesaria la utilización de los métodos activos; el principio fundamental sobre el que estos se asientan es que “entender es inventar o reconstruir por reinvención”, los métodos activos dejan un lugar esencial a la búsqueda espontánea del alumno y exigen que las verdades a adquirir sean reinventadas, o al menos reconstruidas por el niño, y no siempre recibidas de la transmisión del maestro. No hay más remedio que doblarse a la necesidad de los métodos activos si se pretende, de cara al futuro modelar individuos capaces de producir o de crear y no tan solo de repetir. La inteligencia practica es uno de los datos fundamentales sobre los que descansa la educación activa. Si se quiere formar individuos mentalmente sanos, esta claro que toda educación basada en el conocimiento activo de la verdad es mucho más eficaz que aquella que se dedica a fijar lo que hay que saber y querer a través de verdades aceptadas y principios morales impuestos.

También puede, a estas alturas, ser evidente que, en educación, es más ventajoso respetar las etapas del desarrollo psicológico del niño. Está aun por realizar un reajuste de los métodos y contenidos de la educación en base a los datos psicológicos de la evolución infantil, reajuste tanto mas necesario, cuanto mas inadecuados se muestran los actuales métodos y contenidos. Especial importancia reviste y exige este artificialmente y se debe dedicar este periodo de iniciación a sentar unas bases lo mas sólidas posibles.

Otra de las condiciones que debe respetar una transformación de la enseñanza es la ejercitación de la observación, cuya importancia didáctica es suma. Debe el maestro escoger observables a describir entre los campos de casualidad mas cotidiana y mas elemental y exigir descripciones de distinto tipo y a distintos niveles. El valor educativo de la observación y descripción de lo observado ha sido olvidado, sino despreciado, por la escuela tradicional, dejando sin cultivar un importante campo cuya fecundidad debe, sin lugar a dudas, ser valorada. Centrar la atención del niño sobre determinados fenómenos o hechos, ponerle en situación de analizarlos a fondo y describirlos, y fomentar el intercambio de observaciones entre los niños, no puede sino producir resultados positivos.

Por ultimo, ninguna metodología educativa puede perder de vista el carácter interdisciplinario de la investigación de la ciencia, de las materias escolares. Separar las matemáticas del lenguaje, el juego de la educación física, la geografía de la historia y todas ellas las unas de las otras, es cambiar de rostro a la realidad, compartimentarla y ofrecérsela desarticulada a la observación de los alumnos. La realidad es una y todo lo que sea atomizarla es falsearla, deformarla; por el contrario, nunca se insistirá suficientemente en el carácter totalizante, integrados, de la ciencia y de los procesos y perspectivas que la constituyen y hacen posibles.

Los aspectos y problemas hasta aquí analizados implican por una parte, que hay que reconocer la existencia de una evolución mental; que todo alimento intelectual no es bueno indiferentemente para todas las edades; que deben tenerse en cuenta los intereses y necesidades de cada periodo. Esto significa también, por otra parte, que el medio puede jugar un papel decisivo en el desarrollo del espíritu; que la evolución de las etapas no esta determinada de una vez para siempre en lo que se refiere a las edades y a los contenidos del pensamiento: que, por tanto, los métodos sanos pueden aumentar el rendimiento de los alumnos e incluso acelerar su crecimiento espiritual sin perjudicar su solidez. Los aspectos y problemas implican también que en educación no se trata de intentar “remediar” desadaptaciones momentáneas o definitivas; lo importante es asegurar de manera permanente y continuada la adaptación de cada uno y no solo, evidentemente, la adaptación intelectual y moral en el interior de las aulas, sino también fuera de ellas y después de la edad escolar.

Pero la forma de educación no la hacen los teóricos. El trabajo diario, la acción que realmente puede, renovados sus principios y métodos, introducir modificaciones en la educación, la realiza el maestro. Ninguna reforma tiene futuro si no hay maestros de calidad y numero suficiente para llevarla a la practica. En la educación activa, los maestros tienen, por supuesto, un importante papel; el educador sigue siendo necesario como animados para crear las situaciones y construir los dispositivos iniciales, se pretende que el maestro deje de ser un mero conferenciante que se contente con transmitir soluciones acabadas y se intente que se dedique a estimular la investigación y el esfuerzo.

Pero esto, según Piaget, plantea algunos problemas. El primero, que los maestros no siempre tienen la preparación psicopedagógica que su labor requiere; el segundo, que ignorar su papel y sus posibilidades; el tercero, que tienden a ser un grupo social replegado sobre si mismo, a veces acomplejado y casi siempre carente de la valoración social que se merece; esto les hace estar alejados de las corrientes científicas, en los ámbitos psicopedagógicos y en los demás, y de la atmósfera del trabajo experimental y de su investigación. Hay, por ultimo, un factor que no debe olvidarse, pues su importancia puede paralizar la realización del cambio; cuanto más se trata de perfeccionar la escuela, más dura es la tarea del maestro y cuanto mejores son los métodos para la enseñanza, más empeora la profesión del maestro, ya que supone a la vez, un nivel de elite desde el punto de vista de conocimientos del alumno y de las materias y una verdadera vocación en el ejercicio de su profesión.

Pero además de contra sus propios condicionamientos, los maestros deben, muchas veces, luchar contra los de los padres de sus alumnos. Los padres pueden llegar a ser el principal obstáculo para la implantación de los métodos activos y la autonomía; consideran una perdida de tiempo los juegos y las actividades de manipulación y de construcción que tan necesarias resultan para asegurar la subestructura del conjunto de los conocimientos posteriores. La colaboración de los padres con los maestros es, por el contrario, tanto más necesaria cuanto que el aproximar la escuela a la vida y los problemas profesionales de los padres y a la inversa, al despertar en los padres un interés por las cosas de la escuela, puede llegarse a un ideal de distribución de responsabilidades de cara a la educación de los niños.

Una forma educativa tal no conducirá sino a la garantía del derecho a la educación, tan ampliamente proclamado por doquier.

El derecho a la educación implica mucho más que el derecho a asistir a una escuela, mucho más que aprender a leer, a escribir y a realizar las operaciones aritméticas elementales; afirmar el derecho de la persona humana a la educación equivale a afirmar el derecho del niño a desarrollarse normalmente en función de sus posibilidades en realizaciones efectiva y útiles; equivale a garantizar el pleno desarrollo de la personalidad del niño, que implica desde el

desarrollo de sus funciones, hasta la adaptación de la vida social. La obligación de educar comporta, en fin, la de no destruir o estropear ninguna de las posibilidades que el niño contiene y de las que la sociedad será la primera en beneficiarse, en lugar de permitir que se pierdan importantes fracciones de las mismas o de ahogar otras.